



Humberto Arencibia es el nombre de este otro matón. Pero todo el mundo lo conoce por el apodo que tan bien le venia: "Tiburón". Llega un momento en que, ante la avalancha de acusaciones que cae sobre él, "Tiburón" se pone de pie y dice que él "aunque flaco y feo tiene vergüenza". Una carcajada burlona fue la respuesta. Y el "viejo Tibu" —rata cobarde— casi se echa a llorar.

LA GAVILLA DE ASESINOS... (Continuación)

y entra poco después el cabo Milián. Viste uniforme militar aunque no tiene galones. Esta pálido, ojoso. Se llama —dice— Sabino Milián, tiene treinta y seis años, lleva dieciséis en el Ejército y de ello, once los ha pasado en San Cristóbal.

Milián habla despacio y en voz muy tenue. No es, seguramente, el mismo tono que él empleaba cuando golpeaba despiadadamente a los presos, cuando los torturaba, cuando los ahorcaba como cuenta Vigoa. Y comienza sincerándose:

—Yo tengo mi mejor defensa en la gente que vive en los pueblos en que he estado. Aquí, en San Cristóbal, muchos pueden dar fe de mi comportamiento.

Nadie hace caso a esas palabras y el capitán insiste:

—¿A cuántos mataste? ¿A cuántos enterraste?

—Yo acompañé a enterrar a cuatro. Pero ya los habían matado. Yo no fui. Vigoa le interrumpe:

—El saco de aquí, vivos, a muchos que no volvieron. Milián le mira con ganas de saltarle al cuello pero, conteniéndose, dice:

—Este no está en sus cabales.

Vigoa ha cambiado totalmente. Ahora luce otra persona, está casi alegre. Se ve que goza acusando a los demás. Por eso insiste:

—Sí, los mató. El comandante se los entregaba para que los "cepillara" ya que así era como él decía. Y después Milián, al regreso, sólo informaba: "Misión cumplida".

Milián abandona un poco su tono mesurado para decir:

—Eso es mentira! Yo no sé que inquina tiene ese señor conmigo.

Vigoa se rie, se rie abiertamente y da una larga chupada al tabaco que ha vuelto a encender.

—No, no es inquina. Pregúntele porque lo ascendieron a cabo sin ir a escuela ninguna. Y ahora le habian ofrecido que después que "Cheo" fuera sargento le tocaba a él.

voluntad que ahora le ha tomado el policía. Interrogado sobre los entierros, Milián admite haber tomado participación en cuatro: dos en San Cristóbal, uno por Tacobaco y otro que recuerda se apellidaba Novoa.

Pero cuando está hablando de eso, Vigoa le interrumpe sarcástico:

—A todos esos y a muchos más los mató él.

Milián repite que era incapaz de eso.

—Yo no tengo valor para matar a nadie.

—¿Y para enterrarlos?

Milián no contesta y Vigoa, que como decimos, parece gozar con echar sobre él culpa tras culpa, remacha:

—Mire capitán. Una vez, yendo en la máquina, el comandante señaló a Milián y dijo: "Yo no sé cómo este anda tan tranquilo. En estos días ha matado a cinco".

Y Milián no contestó nada, solo dejó escapar una risita.

Ahora tampoco contesta nada. Pero como Vigoa sigue hostigándolo, termina por contar él también las cosas que sabe o por lo menos las que quiere decir. Y al igual que Vigoa busca a otros culpables. Cuenta lo de los "pelotones" que eran grupos de hombres que Menocal tenía en las lomas, mandados por gente de su confianza. A esos pelotones les enviaba a los prisioneros con un sobre cerrado con sus instrucciones que siempre eran las mismas: liquidarlos o como dice Vigoa, "cepillarlos". Habla también de las incursiones que hacían en San Cristóbal miembros del SIM y del BRAC y hasta del comandante de la policía Cristóbal Diéguez ya que todos sabían que Menocal siempre tenía "en existencia" buena cantidad de pri-

sioneros que podían servirles para su cadena de crímenes.

El —de atenernos a sus palabras— no hizo nada malo. Pero ante la seguridad que le da el capitán Valdivia que de todas maneras tendrá que pagarlo, agrega en tono patético:

—De mi vida pueden hacer lo que quieran hasta fusilarme en el parque. Por lo único que lo siento es por mis dos hijitos.

Entonces, de entre el grupo que nos rodea sale una voz, una voz adolorida que dice:

—Y tú ¿te compadeciste alguna vez de los hijos de aquellos a quienes asesinaste?

Milián no responde; se limita a apretarse las manos una contra la otra, entrecruzando los dedos. Y mansamente se deja llevar otra vez al calabozo.

Otros Tres

Y vienen los demás. Así conocemos a Orestes del Cristo, chofer, de 26 años. Con él también se ensaña Vigoa. A las protestas de inocencia del soldado, Vigoa aduce que si que "como él es Cristo, debía estar en la iglesia".

Cristo niega y niega. Según él, golpeaba porque de lo contrario Menocal le daba muerte. Los milicianos presentes le acribillan a preguntas:

—A los que ahorcaron en Paso Real, ¿quiénes fueron los que le dieron muerte?

—¿Y quiénes saquearon e incendiaron aquella bodega en Rancho Mundito?

—Y cuando te entregaron a uno para que lo enterraras. ¿No recuerdas que lo sacaron del matorral de una máquina y te lo dieron en el puente?

[Continúa en la Pág. 134]



Un sacerdote franciscano se acerca a la reja del estrecho calabozo para impartir consuelo espiritual a los asesinos que esperan la llegada de su hora. Ellos no concedieron esa oportunidad a los hombres que mataron. Tampoco se les ha golpeado ni torturado, ni hecho pasar hambre y sed. Es que la Revolución no puede rebajarse al mismo nivel de estas hienas.